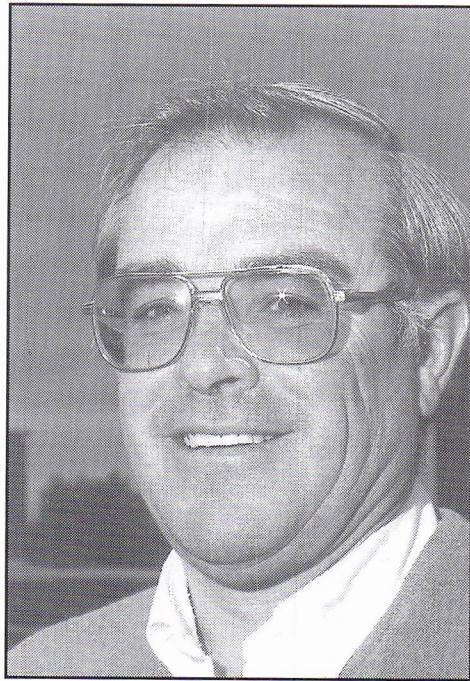


58B11
(+15.11.1995)

COLEGIO SALESIANO «CENTRO DON BOSCO»

LEON



D. MATIAS ANTOLIN GUIJAS
SALESIANO

Queridos hermanos:

El día 15 de Noviembre de 1995, después de una lenta y dura enfermedad, moría en León, en la Clínica San Francisco, nuestro querido hermano D. Matías Antolín Guijas.

Tenía 58 años de edad y 37 de profesión religiosa.

Su muerte, que venía anunciada desde años atrás, por la declaración de un cáncer de hígado, no por sabida y esperada fue menos sentida.

En un estado de extrema debilidad, le habíamos internado en la Clínica San Francisco apenas dos días antes, aquejado de fuertes dolores sobre todo en una pierna. Todos sabíamos que eran los momentos finales de la larga enfermedad que día a día le había ido postrando hasta consumirle por completo.

Toda su fuerza de ánimo, todas sus ganas de vivir, su optimismo indesmayable tenían este triste final. Ya él, poco a poco, sin perder definitivamente la esperanza, se había ido poniendo en las manos de Dios para encontrarse preparado en el encuentro definitivo con el Padre.

Su funeral fue un silencioso, elocuente y multitudinario reconocimiento de los alumnos, antiguos alumnos y de numerosos amigos, procedentes de los lugares donde él realizó su labor educativa y apostólica, un trabajo de 17 años en el «Centro Don Bosco» y de 20 en diversas casas de nuestra inspectoría de Santiago el Mayor.

1.- DATOS BIOGRÁFICOS:

1.1.- Primeros pasos

Matías nació en Hornillos de Cerrato (Palencia), el 24 de Febrero de 1937. Recibió su nombre del santo del día, según costumbre arraigada en

los pueblos castellanos hasta no hace mucho tiempo. Sus padres fueron Severina y José, matrimonio modesto y trabajador, que vivía del jornal que ganaba el cabeza de familia. Nacieron de él nueve hijos, entre los que Matías era el más pequeño. No fueron fáciles ni alegres aquellos años para la familia Antolín-Guijas, pues el Padre murió en los tristes días de la guerra civil, el 14 de octubre de 1936, por «*envidias y ajustes de cuentas*», cuando Matías aún no había nacido. En los días últimos de la enfermedad nos contaba su hermana Rosi cómo este tristísimo acontecimiento influyó en la pobre madre y repercutió, también, negativamente en el pequeño Matías.

En estas circunstancias, fue la madre quien se tuvo que hacer cargo de llevar adelante una familia tan numerosa y de tan corta edad. El mayor de los hermanos, Francisco, de tan sólo trece años, bien pronto tuvo que ayudar a la madre en el sustento de todos y ocupar, en cierta manera, «*el puesto que tendría que haber ocupado mi padre*». A pesar de las lógicas dificultades, dadas las circunstancias y los tiempos de posguerra que vivían, «*entre mi madre y mi hermano nos enseñaron a rezar y a cumplir como buenos cristianos*».

Hizo la Primera comunión a los siete años, el 28 de Mayo de 1944, año en que también fue confirmado por el entonces Obispo de Palencia Msñor. Souto Bizoso. Y debió ser, más o menos, por esa misma edad cuando tuvo por primera vez noticia de Don Bosco y de los Salesianos. Recuerda él que, por su aplicación y aprovechamiento en la catequesis, el párroco le regaló unos «*cuentos o folletos*» cuyo protagonista era Don Bosco y en los que se hablaba de su dedicación a los jóvenes, de los colegios que creó para ellos.

Aun mejor recordaba su primer encuentro con un salesiano. Fue varios años más tarde, una mañana que tuvo que ayudar a misa a un sacerdote salesiano que venía de Argentina. Por lo visto sus padres eran de Hornillos, emigrados a ese país. Una vez en España, quería encontrarse con sus tíos y familiares que aún tenía en el pueblo. Muchos años después, en los ratos de sobremesa, decía que le había gustado su manera de decir la misa, su forma de

hablar y su simpatía. El salesiano le regaló una estampa de Don Bosco y otra de María Auxiliadora. Debió quedar encandilado con él porque al llegar a casa le dijo a su madre que «quería ser como aquel señor y ser misionero como él».

De momento todo quedó ahí, aunque el párroco, por su parte, quería mandarle al seminario de Palencia. Pero él no estaba muy convencido. Nunca había pensado en esa posibilidad. «*No me hacía mucha gracia*», decía. Además, la cuestión económica era un problema no pequeño que no se veía la forma de solucionar. El caso es que se quedó en casa y cuando acabó la escuela se puso a trabajar en la fábrica de yeso, única industria del pueblo. Tenía entonces 14 años.

Llevaba dos años trabajando, cuando, un domingo de la primavera de 1953, los chicos de la fábrica debían jugar un partido de fútbol en el colegio salesiano de Astudillo (Palencia). Antes del partido oyeron todos misa en la iglesia del colegio. En ella Matías reconoció las imágenes de María Auxiliadora y de Don Bosco por las estampas que años atrás le diera aquel salesiano de Argentina. Parece que los mozos de Hornillos perdieron el partido, pero Matías ganó su vocación. Habló con el director del colegio, D. Rosendo González, que se puso al hablar a su vez con el párroco y con su madre. En Septiembre, a sus 16 años, volvía a Astudillo para empezar su aspirantado, que terminaría en Arévalo (Ávila).

Por aquellos años, la inspectoría Céltica se había ampliado en obras y salesianos. Ello obligó, en 1954, a desdoblarla en dos, San Juan Bosco, con sede en Madrid, y Santiago el Mayor con sede, entonces, en Zamora. En 1957, nuestra inspectoría estrenaba su propio noviciado en Astudillo. Matías perteneció a esa primera hornada de novicios de la inspectoría de Santiago el Mayor y fue uno de los primeros profesos en ella.

1.2.- Salesiano

«El noviciado fue un año de prueba muy serio, nos decía, pero con la ayuda de D. Antonio (Álvarez) y de D. Tomás (Díez), que me animaron mucho, profesé el 16 de Agosto de 1958, como coadjutor salesiano».

Las cosas fueron de prisa para Matías. Aquel mismo día, durante la sobremesa de la fiesta de las Profesiones, recibió del Sr. Inspector, D. Emilio Corrales, su primera obediencia que le enviaba a la casa de Orense «como maestro y asistente» y el día 18 del mismo mes de Agosto estaba dando clases «a los suspensos de Ingreso».

Nueve años permaneció en el colegio de Orense «encargado de las Elementales y dando clases a los niños de ingreso». Años importantes para su vida salesiana, años en que su vocación fue consolidándose. En este sentido y refiriéndose al tiempo que pasó en esta casa, nos decía: «Dificultades siempre ha habido, de toda índole, pero al lado de las dificultades, María Auxiliadora y Don Bosco me han ayudado siempre. Con una piedad sencilla, comunicativa y ferviente en todo momento he encontrado las fuerzas suficientes para vencerlas. Además, siempre encontré un hermano para ayudarme».

Animado por los compañeros y D. Alberto (García-Verdugo), fue haciendo «por libre» la carrera de Magisterio, sin que esto le distrajera de su trabajo en el colegio. Recordaba aquellos grupos sin fin, de más de ochenta alumnos en el aula en los que las correcciones se hacían eternas. Pero también tenía presente la valiosa ayuda que D. León Cartosio le prestaba en sus estudios de magisterio, solucionándole dificultades de diverso tipo o proporcionándole apuntes de filosofía, matemáticas y psicología.

En Septiembre de 1967, le encontramos en la Universidad Laboral de Zamora, en la Comunidad del «Rey Fernando», como «asistente y educador». Le produjo cierta extrañeza esta obediencia, pues siendo estudiantes de

bachillerato sus alumnos, su título de magisterio no le facultaba para darles clase. No obstante, guardaba un mal recuerdo de este tiempo.

El Concilio Vaticano II, recién terminado, iba produciendo cambios. Nuevas formas de apostolado se iban abriendo paso en la Iglesia. También en los modestos ambientes de nuestros colegios se experimentaban nuevos caminos. Nuestras tradicionales «Compañías» fueron sustituidas por grupos de catequesis o de acción apostólica menos numerosos y más personalizados. Matías participó en estos movimientos. *«Yo llevaba dos grupos que hicieron y me hicieron mucho bien»*. Y fue con este fin de entender mejor a los nuevos jóvenes que hizo unos cursos de Psicología organizados por la F.E.R.E.

Sólo dos años estuvo en Zamora. La obediencia le exigió un nuevo traslado, esta vez a Avilés-Llaranes, donde permaneció ocho años y donde se encontró siempre *«muy a gusto»*. En este colegio llevó a cabo una gran actividad, no sólo escolar, como maestro, sino metido de lleno en labores formativas de diverso tipo, entre ellas las deportivas, de las que era un gran entusiasta. Matías guardó hacia este colegio un cariño especial, a juzgar por la frecuencia con que hablaba de él y la forma en que lo hacía.

1.3.- En el Centro Don Bosco

Una vez más, el Inspector pensó para él un nuevo destino. En Septiembre de 1978, llegó a esta casa de León, el «Centro Don Bosco». Han sido 17 años de actividad escolar y apostólica. *«Aquí me he encontrado siempre muy a gusto. No he sentido grandes dificultades y en la Comunidad siempre he encontrado quien me ayude a superarlas»*.

En efecto, Matías siempre dio la impresión de encontrarse a gusto entre los hermanos de la Comunidad y con el trabajo que realizaba. Preparaba minuciosamente las materias que impartía; se hizo cargo de la Sala de Juegos; ayudaba en la labor de asistencia al Coordinador de la Residen-

cia de internos; estaba siempre pronto para echar una mano al Encargado de Deportes, D. Elpidio, que luego sería su más solícito enfermero.

Conservamos algunos de sus «Buenos Días», los que daba por turno a todos los alumnos del colegio. Se ve en ellos, además de una meticulosa preparación, una intención docente y apostólica explícita. Consideraba este corto acto como un importante medio para llegar al corazón y al alma de nuestros muchachos, tentados por tantas invitaciones contrarias a lo que debe ser su formación humana y cristiana.

Cuando en el curso 1990-1991 tomó a su cargo la Asociación de los AA. AA. lo hizo con generosidad, no reparando en la escasa respuesta que, a veces, obtenía. En ocasiones, en comunidad, al ver el trabajo que se imponía, algún hermano le decía familiarmente: «*Tienes más moral que el Alcoyano*». Fueron cinco año llenos de iniciativas para hacer una asociación viva. Para ellos ideó y creó la revista trimestral «Don Bosco en León». Con ella procuraba mantener a los AA. AA. en contacto con el colegio, cuidando especialmente el editorial, a través del cual les enviaba un claro mensaje cristiano.

2.- LA ENFERMEDAD:

El 20 de Enero de 1986, nos dice la crónica de la casa, «*el salesiano Matías Antolín es internado en la Clínica San Francisco, debido a un fuerte infarto. Se haya en cuidados intensivos*». Volvió a la comunidad el 8 de Febrero. «*El enfermo, Matías Antolín, regresa al colegio ya repuesto, si bien debe observar reposo absoluto*». Así, de esta forma tan escueta, nos cuenta la primera enfermedad grave de Matías. No sería ésta la causa de su última enfermedad, aunque él siempre la consideró como un primer aviso serio. Se repuso y pudo volver a sus ocupaciones.

Pero, apenas dos años después, el 9 de Mayo de 1988, «*ingresa en la Clínica San Francisco para ser intervenido quirúrgicamente. Tiene en un intestino un pequeño*

estrangulamiento. Pierde sangre y le intervendrán mañana, según dicen los doctores», nos dice la crónica con su laconismo habitual. Parecía que se reponía satisfactoriamente. De hecho, iba a ser dado de alta, pero «*al toser, se le descosió toda la herida y ha tenido que permanecer en la clínica*».

Los nuevos análisis le detectaron un cáncer de colon. Para Matías empezó una nueva vida de cuidados y de lucha contra la enfermedad, frente a la que nunca se rindió. Yo creo que incluso pensó en algún momento que la había vencido, porque también esta vez se sobrepuso y volvió a ser el Matías de siempre. Volvió a sus clases, al internado...

Tenía periódicamente controles médicos, pero venía siempre optimista de ellos comunicando a la comunidad lo que los médicos le habían dicho. La vida había tomado para Matías el ritmo de siempre. Su pasada enfermedad empezaba a ser sólo un recuerdo.

Pero al principio del curso 1994-95 empezó de nuevo a sentir molestias y las consultas médicas se hicieron continuas. Hubo que liberarle de las clases. Unos meses después, el 20 de febrero del '95, cuando conoció la gravedad irreversible de su enfermedad, envió una carta a todos los hermanos de nuestra Inspectoría y a antiguos compañeros de las de Madrid y Bilbao. En ella daba cuenta de los resultados de esas consultas y de su talante cristiano, religioso y salesiano. Transcribo algunos párrafos:

«... Quiero haceros una comunicación breve, fraterna y creyente, en que, sea cual sea el proyecto de Dios, sea capaz de vivir una acción de gracias continua, consciente y centrada. Así lo quiero vivir aunque me resulta difícil y muy duro.

«Sabréis que en la última revisión, que me hizo en vacaciones de Navidad el especialista de digestivo, que desde la última operación de hace seis años, me venía haciendo regularmente cada seis meses, me diagnosticó: «LESIÓN CARCINOMATOSA EN SEGMENTOS POSTERIORES DEL LÓBULO HEPÁTICO DERECHO» que en castellano llano y sencillo quiere decir: «Cáncer en los seg

mentos grasos de la parte derecha del vientre y el hígado».

«... Me han mandado a operarme a Madrid... Creo que estoy en buenas manos..., en las de Dios en la primeras que me he puesto... Voy preparado para todo...»

«¿Que qué siento? Una gran impotencia por todo lo que he podido hacer y no he hecho. Que desde el primer instante de mi vida salesiana he tenido a mi lado hombres ejemplares que han vivido y que me han enseñado a vivir con alegría y confianza, situaciones como las que yo estoy viviendo. Que aunque no he llegado a ser tan bueno como ellos he querido hacer siempre lo mejor que sé la voluntad de Dios y de los hombres.»

«Siento que estoy viviendo unos días ricos de amor de Dios en los hombres, mis hermanos, y que ellos son, junto con los jóvenes y los Antiguos Alumnos, el aliento de mi vida»

Fue intervenido el 23 de Febrero, pero, en realidad no hubo tal operación. No se pudo hacer nada. La metástasis le había afectado totalmente al hígado y todo el aparato digestivo. Empezaba una lucha entre su enfermedad y sus deseos de vivir. Todavía tuvo ánimo y fuerzas para organizar una peregrinación a Fátima con los AA. AA. Todos recordamos el estado de postración en que se encontraba el día anterior. Fueron inútiles los consejos para que desistiera. Se obstinó en ir. Tal vez, esperaba allí el milagro de su curación. Lo cierto es que pasó el resto del curso y todo el verano sin apenas dolencias, con una alegría que hacía muchos meses que no experimentaba. Hasta se decidió, en Agosto, a ir a Hornillos, su pueblo.

Allí escribió el último editorial para su «Don Bosco en León». Son palabras llenas de esperanza cristiana y de agradecimiento hacia los hombres. Creo que son últimas palabra escritas, por ello quiero copiar algunas líneas:

«... El cariño de mis hermanos y el de casi de todos los convecinos me ha ayudado mucho a recobrar fuerzas y darme ánimos para seguir viviendo el tiempo que Dios quiera para entregarme con generosidad y amor a los jóvenes y a vosotros»

antiguos alumnos de León.

« ... Días que he pasado alegre y feliz, sin un dolor y sin molestias, donde el despertador no llama y el arrullo de los pájaros, junto al silencio y cuidados de mis hermanos he recobrado el ánimo, la alegría y, si Dios quiere, que creo que querrá, la salud»

3.- SUS ÚLTIMOS MESES:

Así, pues, había transcurrido todo el mes de Agosto sin contratiempo alguno. En los días que había pasado en su pueblo, junto a su hermano Francisco, se había encontrado tan bien que se sentía repuesto; incluso había ganado algunos quilos. Por ello, cuando volvió a la comunidad venía con un entusiasmo renovado, dispuesto a retomar las ocupaciones que por la operación de Febrero y su convalecencia se había visto en la necesidad de interrumpir. Incluso, quiso realizar él mismo los exámenes extraordinarios de Septiembre.

Aquellos días, pudimos verle de nuevo atravesar el patio, puesta la bata y la cartera en la mano. En la mesa volvió a hablar de las clases que podría dar, de la revista de los AA. AA.... Pero fueron los últimos momentos que pudo estar en contacto con sus alumnos, pues, casi inmediatamente después, se reanudaron las molestias. De hecho, el siete de este mismo mes de Septiembre, tuvimos que internarle para hacerle un lavado de estómago.

Fue un duro golpe para Matías que se creía en vías de la recuperación definitiva. Contra su costumbre nos comunicaba su desánimo al verse de nuevo en la clínica. En las constantes visitas que le hacíamos, tratábamos de infundirle ánimos, pero había perdido la euforia de los días finales de Agosto.

Aun así, el día catorce lo teníamos de nuevo en comunidad tratando de hacer la misma vida que nosotros. Eran días de reuniones para la programación del curso 1995-1996. A todas asistió, haciendo a veces grandes esfuerzos. Notaba que le iban poco a poco faltando las fuerzas. Le costaba

asimilar la comida, de forma que al final de mes no tomaba casi más que líquidos.

No obstante, la comunidad se admiraba de su optimismo, de su lucha contra la enfermedad que mantuvo prácticamente hasta el último momento. Cualquier instante de bienestar le servía para pensar que ése podía ser el punto de arranque para una mejoría total.

Durante este mes hizo cuanto pudo. Demasiado débil para las clases, iba preparando, poco a poco, el primer número de «Don Bosco en León», que no pudo terminar; asistía puntualmente a los actos de comunidad; se encargaba de tener limpia y ordenada la capilla; hacía la lista mensual de los encargados de la liturgia comunitaria... Y pasaba largos ratos en la capilla.

El cinco de Octubre, día no lectivo en León por ser San Froilán, patrono de la ciudad, se sintió repentinamente mal. Un sudor frío que le hacía temblar le obligó a recogerse en el lecho. No quiso ser internado. Quería estar con nosotros, con los hermanos de comunidad.

Desde ese día ya no pudo hacer vida comunitaria. Pasó algunos días tranquilos, sin apenas dolores; en los que se levantaba hasta la mesa o pasaba largos ratos mirando por la ventana. En esos momentos le veíamos rezar, escribir o simplemente contemplar con una sonrisa triste el movimiento de los chicos en el recreo.

Por aquellos días, también vino su hermana Rosalía y su marido. Rosi, como él la llamaba, apenas si se movió de su lado. Fue una enfermera cariñosa que no ahorró ningún sacrificio para hacer más soportables los últimos días de Matías. Los salesianos de la comunidad vimos cómo se desvivía por él y cómo sufría viendo sufrir a su hermano.

El día 20 recibió el sacramento de la UNCIÓN DE LOS

ENFERMOS. Fueron nuestras hermanas salesianas las que lo prepararon. Matías recibió con naturalidad la sugerencia. Sabía lo que significaba, pero dijo con delicadeza: «*Es un sacramento de santificación y de curación*».

Era viernes y no teníamos clase más que por la mañana. Al terminar éstas, nos reunimos en la capilla de la comunidad los salesianos y salesianas de las comunidades de León y varios profesores del colegio. El solo hecho de ver de nuevo a Matías en su lugar acostumbrado nos llenó de emoción, que no todos pudieron contener.

La crónica de la casa recoge así las impresiones del momento:

«Presidió la ceremonia el Sr. Inspector, D. José Antonio San Martín. Concelebraban con él los sacerdotes de la casa. Dirigió la música el Vicario Inspectorial, D. Eusebio Martínez. En la homilía habló Don José Antonio del sentido del sacramento que Matías iba a recibir. Fueron unas palabras delicadas, pero profundas que invitaban a todos a vivir este momento, a pesar del dolor que encerraba, desde la fe y a Matías a ponerse en manos de Dios. El momento más emocionante tuvo lugar cuando éste recibió los óleos con admirable y casi alegre serenidad. Más de uno de los asistentes se tuvo que pasar la mano por los ojos para secarse las lágrimas. Pero la emoción se desbordó cuando todos los asistentes fuimos pasando junto a él para darle y recibir de él la paz. Matías debió entender que era un adiós anticipado, porque ya no pudo contener las lágrimas y prorrumpió en sollozos... Después de la misa, Matías se retiró a su habitación ayudado por dos hermanos. El P. Inspector se quedó a comer con la comunidad. En el ambiente había una extraña sensación de fiesta».

Pasó todavía algunos días tranquilos, pero debilitándose un poco más cada día. Al final de mes, nos decía D. Elpidio, su generoso enfermo de siempre, que ya no era sino sólo piel y huesos. Por esos días, sólo se alimentaba de suero y algunas cosas que nuestras hermanas salesianas, siempre pendientes de él, le preparaban. Lo recibía con gusto y enorme agrade-

cimiento, pero apenas lo asimilaba.

En las conversaciones que manteníamos con él nos decía que rezaba continuamente por la comunidad, por sus muchachos, por los antiguos alumnos...

El trece de Noviembre se quejó de muy fuertes dolores en la pierna derecha y poco más tarde nos dijo que no veía. Entendíamos que esto último era por su extrema debilidad. A pesar de su resistencia, D. Elpidio le convenció de que debía ser internado. En la Clínica el médico que le atendió en el primer momento nos dijo que aunque no era inminente, el proceso era ya irreversible. Con el gota a gota se fue recuperando algo, pero ya no tuvo un momento de sosiego.

No obstante, le sentíamos rezar. Recitaba jaculatorias y decía frases que no siempre entendíamos, salvo que pronunciaba constantemente la palabra **Dios**.

Por la noche, todos los hermanos de la comunidad fueron pasando por su habitación. Era el comienzo de la despedida. Todavía tuvo fuerzas para pedir que sólo se quedara con él D. Elpidio, pero también se quedó su hermana Rosi.

Esa noche, lo mismo que todo el día siguiente, la pasó con fuertes dolores, sintiéndose mal en cualquier postura. De vez en cuando, se le oía invocar a María Auxiliadora. En un determinado momento de la mañana, yo le oí decir: «*Señor, a pesar de lo mucho que sufro, yo sé que tú me amas más todavía*». Otras veces sentíamos que ofrecía sus dolores por las vocaciones y por los hermanos de la comunidad.

Por la tarde del día catorce, a eso de las 16.30, el director le dio de nuevo la Unción de los Enfermos. Estaba consciente y seguía con los ojos el

desarrollo del rito. Poco después entró en coma. Algunos alumnos y profesores fueron pasando por su habitación. Era ya entonces su respiración lenta y fatigosa. Con la convicción de que sería su último adiós, los hermanos de la comunidad pasaron de nuevo por la clínica, pero Matías ya no se dio cuenta.

A pesar de todo, no creíamos que el final fuera inminente. Se quedaron para acompañarle por la noche en su habitación el administrador y, como siempre, su hermana Rosi. De madrugada, eran poco más de las 5.00, llamó el administrador para darnos la noticia: «*Matías ha muerto*».

4.- PERFIL HUMANO Y RELIGIOSO

Matías era un hombre de carácter jovial, siempre bienhumorado, de risa fácil, franca y contagiosa, a quien no le costaba entrar en contacto e inmediata amistad con quienes se topaban en su camino. Orestes Cavallero, gran amigo suyo, nos dice: «*Matías era todo corazón y se volcaba hacia las personas que trataba*».

Era un hombre de sentimientos rápidos e intensos, cuyas palabras siempre expresaban lo que sentía, costándole a veces pequeños disgustos. Pero siempre, también, existía la absoluta certeza de que nunca había intención de ofender y de que jamás guardaba memoria de ellos.

Era, por otra parte, una persona muy minuciosa, que gustaba de preparar al detalle las ocupaciones que por docencia o encomienda comunitaria tenía que desempeñar. Testimonio de ello son los «papeles» que nos ha dejado, sistemáticamente clasificados: exámenes de distintas materias, «Buenos Días», artículos para la revista, un corto diario...

Cercano a todos, se sentía profundamente unido a su familia. Nos dice, también, Orestes: «*Fiel a la llamada de su tierra y de su sangre, gozaba de sus*

estancias en el pueblo. Estuvo cercano a su familia, en particular a sus hermanos y hermanas y se sentía muy a gusto con ellos. El mismo nos lo confirma en el breve diario que escribió a principios de 1992: «*Mi hermano Paco cumple 67 años. He rezado por él nada más despertarme. Que Dios me lo conserve con la misma salud y jovialidad que hasta ahora. Me han venido a la memoria mi madre, él, mis hermanos y los sobrinos. Será que los quiero mucho. En la meditación he estado pensando en mi familia y cómo ellos me han llevado a Dios. He pensado en su ejemplo, en su cariño. Realmente lo mejor que tienen de sí me lo han dado a mí».*

De sus sentimientos religiosos y humanos nos habla otro hermano de la comunidad, Miguel Bártulo: «*Matías, antes que nada era un hombre de fe. Nunca faltaba a las prácticas de piedad. Acudía a la capilla a preparar los cantos y no era raro sorprenderlo rezando. Las cosas de Dios le ocupaban en primer lugar. En las relaciones con los hermanos fue auténtico. Decía sin miedo lo que pensaba, directamente. Era muy cordial y agradecido. Gozaba de la amistad que hacía extensiva a los chicos, a la Familia Salesiana, a los Antiguos Alumnos y, cómo no, a sus hermanos salesianos».*

De nuevo Orestes nos da una pincelada sobre su vida religiosa: «*Siempre se preocupó de mantener vivo su espíritu religioso y salesiano y su amor filial a la S.S.. Virgen. Ocupado en el rezo del Santo Rosario era frecuente verle paseando por el pórtico del colegio. La última peregrinación a Fátima que pudo preparar con sus antiguos alumnos nos demostró a todos la gran devoción que sentía hacia Ella, ya que quiso participar a pesar de los muchos dolores que padecía».*

Y él mismo nos muestra su sensibilidad religiosa en las pocas páginas de su diario. En las vivencias de cada día que reseña en él, no falta en ninguna un pensamiento espiritual. Son apuntes sencillos, que reflejan una preocupación sincera por su vida espiritual. Entresaco algunos de ellos:

- «*La meditación fue sencilla y sentida. Dios está en mi y tengo que hacer lo posible por no ofenderle durante el día.*

- «*Sábado. Día dedicado a María. Al despertarme sentí que María Auxiliadora debe ser mi guía, la que tiene que llenar mi vida. Para ello le pedí que me ayudara a ser un buen salesiano en el día que empezaba».*
- «*Domingo, Día del Señor. Me levanto a las 8.30, pero antes rezó el rosario en la cama».*
- «*Hoy, día en que la comunidad reza por las misiones he meditado sobre el PROYECTO AFRICA. Grandes ambiciones y entrega por parte nuestra para llevar la fe a estos pueblos».*
- «*Dios tiene que llenar el vacío de mi alma. El es el que me ayuda, dirige y ama. Yo, sin embargo, no sé corresponder a su amor».*
- «*En misa le he dicho al Señor que quiero ser, en todo, suyo. He mantenido un diálogo con él y le he rogado que me ayude a ser mejor conmigo y con mis hermanos».*
- «*He rezado Laudes con gusto y alegría... Señor, que sea un día de paz, que me modere y aguante, no sea que rompa la paz de la comunidad».*
- «*Señor, que yo sea hoy sencillo, llano y transparente. Que sepa amarte y verte en todos mis hermanos, en mis alumnos, en los que me rodean».*

GRACIAS MATIAS:

Haciendo un mal resumen, podríamos decir que la vida religiosa y salesiana de Matías fue una vida llena. Una vida en la que Matías supo conjugar armónicamente el trabajo, la dedicación a los jóvenes y, en su momento, el dolor asumido como una forma de redención propia y de los demás. Su vida salesiana fueron 37 años gastados con alegría, no exenta de momentos de duda, y amor, un amor que podríamos escribir con mayúsculas, pues lo bebió en el seno de una familia cristiana y supo recrearlo en los que le rodeaban como algo recibido de Dios.

En la hoja informativa de los Antiguos Alumnos de León, «La Regional», del 24 de Noviembre de 1996, le dedican unas sencillas palabras

de sincero agradecimiento. Con ellas quiero acabar esta carta:

¡¡¡GRACIAS, Matías!!!

- ... por tu amor a los antiguos alumnos
- ... por tu serenidad ante la enfermedad
- ... por tu valentía ante la muerte
- ... por tu fe

Ildefonso García Nebreda
Director

Datos para el Necrologio

MATIAS ANTOLIN GUIJAS, Salesiano

Hornillos de Cerrato (Palencia), el 24 de Febrero de 1937.
Hizo su Primera Profesión el 16 de Agosto de 1958
y su Profesión Perpetua el 25 de Julio de 1962
Murió el 15 de Noviembre de 1995.

*Este recordatorio se imprimió
en los talleres de tus amigos
el día 14 de Mayo
mes de la Virgen
festividad de San Matías.*

Gráficas CALVO
AVILES - Asturias
Depósito Legal As - 1429-97